

EL SIGNIFICADO FUNDAMENTAL DE LA CENA DEL SEÑOR

Benjamin B. Warfield

Traductor: Valentín Alpuche

ReformedLiterature.com/es

EL SIGNIFICADO FUNDAMENTAL DE LA CENA DEL SEÑOR

El hecho más sobresaliente conectado con la institución de la cena del Señor es, por supuesto, que tuvo lugar en la fiesta de la pascua, o para ser más específicos, en el centro de su celebración. Fue “mientras comían” la comida pascual que Jesús tomó el pan, lo bendijo y lo partió, y lo dio a sus discípulos (Mt. 26.26; Mr. 14.22). Esto, con toda certeza, no fue algo accidental. Conforme se acercaba el tiempo de su ofrecimiento, por parte de nuestro Señor abundaban mucho más las indicaciones que dirigirían el ordenamiento de cada evento, las cuales apuntaban claramente a esta Pascua (Mat. 26.2; Lc. 22.8; Mr. 14.13ss.) que Él mismo nos dice que deseaba comer con sus discípulos antes de su sufrimiento (Lc. 22.15). Ciertamente tenemos que dar por sentado que todo lo que nuestro Señor hizo, fue hecho en ejecución de un plan de acción detallado exhaustivamente, elaborado a la luz de todo lo que sucedería en el futuro (Lc. 22.16-18, 30; Jn. 13.1-3, 11, 18-19, 21, 27; Mt. 26.31; Lc. 22.31, 37). Nada puede ser más cierto que Él deliberadamente escogió la comida pascual para instituir el sacramento de su cuerpo y su sangre.

Lo apropiado de esta selección llega a ser evidente en el momento en que consideramos las similitudes que hay entre las dos ordenanzas. Las similitudes en parte podemos verlas a primera vista. Por ejemplo, ambas son fiestas, fiestas religiosas en las cuales la vida devocional de los judíos y cristianos se centran en gran medida. Sin embargo, estas similitudes también en parte no son tan aparentes. Por ejemplo, la característica central de ambas es que se come un símbolo de Jesucristo mismo. El carácter típico del cordero pascual ciertamente no puede ponerse en duda por ninguno que lea el Nuevo Testamento (Jn. 1.19-20, 36; 1 Cor. 5.7; 1 Pe. 1.19; Ap. 5.6, 12; 7.14; 12.11; 13.8 *et passim*): el cordero que era inmolado y colocado sobre la mesa durante esta fiesta sin duda representaba tipológicamente el Cordero que había sido inmolado desde la fundación del mundo y en cuyas manos está el Libro de la Vida. El pan y el vino de los que participamos en la mesa del Señor son de la misma manera, de acuerdo a la declaración precisa de nuestro Señor, las representaciones de su cuerpo y su sangre: su cuerpo entregado y su sangre derramada por nosotros. Lo que se hace en ambas fiestas es, por consiguiente, precisamente la misma cosa: en ambas Jesucristo nos alimenta. Nuevamente esta estrecha similitud entre las dos fiestas no debe considerarse como accidental. Con toda seguridad tenemos que juzgar que nuestro Señor, en la institución de la Cena y en concordia total a lo que señalaban estas similitudes, tuvo toda la intención de convertirla en una réplica de la Pascua. Al menos en este sentido la Cena del Señor es la comida pascual cristiana. En la iglesia cristiana fue

deliberadamente establecida para tomar el lugar que la Pascua ocupa en la iglesia judía. Es el sustituto cristiano de la Pascua.

Sin embargo, incluso esto no hace plena justicia a la relación entre las dos. Si a la luz de los hechos generales sugeridos, más bien que explícitos en lo que ha sido dicho, intentamos retroceder en la imaginación a aquel aposento alto para entender exactamente lo que Jesús dijo cuando tomó el pan y el vino y lo dio a sus discípulos para que comieran y bebieran en memoria de Él, no debemos fallar en percibir que es casi inadecuado decir meramente que la Cena del Señor fue instituida como el sustituto de la Pascua, como decir también que meramente fue instituida en la fiesta de la Pascua. Esto es verdad porque la Cena del Señor no es algo completamente diferente a la Pascua—o incluso completamente separada de ella—que ahora la sustituye para que ya no celebremos la Pascua. Es mucho más que meramente una nueva forma dada a la Pascua, debido a que continúa a través de todo el tiempo la esencia de la misma. Precisamente lo que parece que nuestro Señor hizo fue haber cambiado los símbolos que representaban su Persona sacrificada en la fiesta para adaptarla a las nuevas condiciones del Reino como fue introducido por Él mismo, y de este modo perpetuarla a través de toda la nueva dispensación. El cordero hasta ahora había sido el símbolo del gran sacrificio venidero; pero cuando ellos se sentaron a la mesa y comieron, Jesús solemnemente tomó el pan y partiéndolo lo dio a sus discípulos y dijo: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido”. Muchos pensamientos y sentimientos tal vez se agolparon en la mente de sus discípulos cuando Jesús pronunció tales palabras. Hubo mucho que ellos probablemente no entendieron; mucho que por haberlo entendido a medias, tal vez también lo rechazaron a medias. Sin embargo, había una cosa que aunque a oscuras con seguridad captaron: su Maestro estaba identificándose con el Cordero Pascual y estableciendo un nuevo símbolo. ¿Acaso no era ese cordero que había sido entregado a favor de ellos el símbolo y sello de su propia redención? Y ¿no estaba hablando de sí mismo al decir que sería entregado para el bien de ellos, y al mismo tiempo estableciendo el pan y el vino como los símbolos de sí mismo? Podemos estar seguros que hubo inquietudes inquisidoras en el corazón de los discípulos aquella noche en cuanto a lo que podrían significar estas cosas. Andaban, sin dudas, como a tientas en la oscuridad, pero no completamente desprovistos de pistas sino iluminados aunque fuera por un pequeño rayo de luz.

Es obvia la razón por la cual Cristo hizo un cambio en los símbolos que representaban su sacrificio. Él, a quien todos los corderos pascuales apuntaban desde el principio, estaba a punto de ser sacrificado. Las cosas viejas estaban caducando: he aquí todas las cosas serían hechas nuevas. Sin duda, al acercarse a

su muerte, o mejor dicho, en el acto de prepararse para la muerte que Él mismo realizaría en beneficio de los pecadores, de la misma manera se acercaba la disolución del estado judío y la cesación de la ley ritual, y con ella la cesación de los sacrificios que la misma ley prescribía. Pero no solamente era apropiado que la nueva época en el Reino de Dios que estaba por emerger debiera distinguirse por un cambio en el ritual, sino que era necesario que el cambio introducido debiera seguir sobre las líneas que nuestro Señor estaba en realidad trazando. Los sacrificios del Templo cesarían; ya no estarían disponibles corderos sacrificiales para el festival de la Pascua. Como consecuencia, actualmente ya no hay un cordero en la Pascua judía mientras que todavía permanece el símbolo del Cordero en la Pascua cristiana. Los judíos no tienen altar, pero nosotros tenemos un altar del cual ellos no tienen derecho de comer. La nueva dispensación debía ser universal: era necesario que su acto central de adoración no debiera implicar un lugar central de adoración al que estuviera atado. El día ha llegado cuando ni en Jerusalén ni en ningún otro lugar especial los hombres deben adorar a Dios, sino en todas partes en espíritu y en verdad. Sobre todo, el verdadero Cordero al cual todos los corderos pascuales habían apuntado finalmente estaba para ser sacrificado. Al cumplirse los sacrificios-tipos del Antiguo Testamento en el anti-tipo, a saber, el sacrificio de Jesús, sería indecoroso seguir ofreciendo los tipos. De este modo, el cambio que se realizó en los símbolos escogidos del gran sacrificio necesitaba tener en consideración a la vez la conclusión de la antigua dispensación de los sacrificios típicos, la apertura de la nueva dispensación de la adoración espiritual universal y la terminación del tipo en el anti-tipo. Todo esto fue bellamente conseguido cuando Jesús, al comer el cordero pascual, tomó pan y vino puestos delante de Él, y con un énfasis inconfundible de contraste dijo: “esto es mi cuerpo que por vosotros es partido” y “esto es mi sangre del pacto derramada por ustedes”. Lo que sus discípulos no hayan captado debido a su asombro ante las nuevas cosas que misteriosa y rápidamente se aglomeraban sobre ellos, podemos estar seguros que ellos sí captaron lo siguiente: que de alguna manera el Maestro estaba transformando la Pascua y dándoles no un nuevo simbolismo en lugar de ella sino nuevos símbolos en ella.

De este modo emerge el hecho realmente destacable para entender la Cena del Señor. La Cena del Señor en su significado fundamental es justamente lo que la comida pascual era: los símbolos son cambiados, pero la sustancia permanece siendo la misma. No es necesario para nuestro presente objetivo determinar la naturaleza precisa del sacrificio de la Pascua, si por ejemplo era una instancia especial, o mejor dicho, una instancia culminante de una ofrenda por el pecado difiriendo de las otras ofrendas por el pecado solamente en la adición al mismo de una fiesta sacrificial; o si solamente por la inclusión de esta fiesta era, no

técnicamente una ofrenda por el pecado en lo absoluto, sino más bien lo que se llama generalmente un ofrenda de paz. Después de todo, la distinción es meramente un asunto de distribución de énfasis. Cada ofrenda cruenta era expiatoria, y la ofrenda de paz difería de la ofrenda por el pecado solamente por la adición de una concepción añadida. Si la llamamos una forma peculiar y más completa de la ofrenda del pecado, o mejor dicho una ofrenda de paz, consecuentemente las dos ideas de expiación y comunión inexpugnablemente forman parte integral de la misma sustancia del sacrificio pascual. La comida que sustituyó al sacrificio en cualquier caso debía su significado a la relación que mantenía con el sacrificio. La víctima ofrecida era la materia de la comida, y la idea de expiación era por consiguiente fundamental a la misma—era una fiesta de muerte. Pero por otro lado justamente porque era una comida festiva, en cualquier caso celebraba más bien los efectos que el hecho de esta muerte, es decir, era principalmente una fiesta de vida.

Aún más de lo que obviamente está implicado en esto, también nos parece innecesario justo ahora inquirir en el significado preciso de una fiesta sacrificial. Su ley general es establecida por el apóstol Pablo en 1 Corintios 10—y a pesar de algunas dificultades que penden acerca de la exposición exacta de algunas de sus frases, ciertos contornos generales son suficientemente claros. Con toda certeza, por ejemplo, la fiesta sacrificial no es una repetición del sacrificio; e igualmente cierto es que es algo más que una mera conmemoración del sacrificio: es específicamente una parte del sacrificio y más particularmente esta parte es la aplicación del mismo. Todo aquel que participaba de la fiesta sacrificial tenía “comunión con el altar”. Todo aquello que pudiera estar implicado en esto no podemos detenernos ahora para discutirlo, aunque lo siguiente sí se nos permite inferir: aquellos que comían de la víctima sacrificada llegaban a ser de ese modo participantes de los beneficios adquiridos por el sacrificio. Solamente uno o dos miembros del hogar posiblemente llevaban el cordero pascual al Templo y tomaban parte en su inmolación sacrificial. Sin embargo, todos aquellos que participaban eran por igual oferentes del sacrificio y sus beneficiarios. Esta es la ley fundamental de la fiesta sacrificial perfectamente entendida por los primeros discípulos de nuestro Señor quienes habían sido engendrados bajo una dispensación sacrificial e instintivamente sentían sus implicaciones, pero es necesario que nosotros nos esforcemos en recordar cuidadosamente estas dimensiones de la fiesta sacrificial, ya que dichas cosas nos son extrañas y no un significado natural para nosotros que no fuimos educados bajo dicha dispensación sacrificial.

Por tanto, precisamente lo que nuestro Señor hizo cuando en la última Pascua cambió los símbolos por los que Él era representado—Él quien era la verdadera Pascua, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo—fue establecer una fiesta sacrificial perpetua bajo formas universales capaces de ser observadas en todo lugar y en todo tiempo, y mandó que se celebrara como una proclamación de su muerte “hasta que Él venga”. Todos los que participan de este pan y vino, los cuales son los símbolos designados de su cuerpo y sangre, simbólicamente están participando de la víctima ofrecida sobre el altar de la cruz, y por medio de este acto profesan ser oferentes del sacrificio de la Cena del Señor. Siempre que la Cena del Señor nos es presentada ante nosotros se nos invita a tomar nuestro lugar en la fiesta sacrificial, cuya sustancia es la carne y sangre de la víctima que ha sido ofrecida de una vez para siempre en el Calvario; y al comer la carne y sangre en sus símbolos, ciertamente no estamos repitiendo su sacrificio ni prolongándolo, sino continuando aquel festival solemne instituido por Cristo, por el cual testificamos de nuestra “participación en el altar” y declaramos nuestra parte en los beneficios producidos por la ofrenda inmolada sobre el altar. La fiesta sacrificial no es el sacrificio en el sentido del acto del ofrecimiento; es sin embargo el sacrificio en el sentido de la cosa ofrecida que es comida en el sacrificio. Y por tanto, presupone el sacrificio en el sentido del acto de la ofrenda e implica que esta ofrenda ya ha sido realizada. La Cena del Señor como una fiesta sacrificial no es consecuentemente el sacrificio, es decir, el acto de ofrecer el cuerpo y la sangre de Cristo; sin embargo sí es el sacrificio ya que es el cuerpo y la sangre de Cristo que fueron ofrecidos y que es comido en el sacrificio. Y por tanto, presupone el sacrificio como un acto de ofrecimiento e implica que este acto ya ha sido realizado de una vez por todas.

Sin embargo, no intentaremos desarrollar esta concepción detalladamente. Incluso a simple vista captamos que este método histórico de concebir la Cena del Señor es aprobado de muchas maneras por la luz que arroja sobre los problemas que han desconcertado a los hombres en sus esfuerzos por entender la Cena. Tres de los servicios que presta son dignos de mención especial. Arroja mucha luz sobre las palabras de la institución de nuestro Señor y alumbra todos los detalles oscuros. Ofrece una explicación de las corrupciones que se han infiltrado en la idea y práctica de la Cena durante el curso de la historia cristiana. Por ejemplo, así como el recuerdo de un sistema sacrificial agonizó durante el curso de generaciones de hombres que habían nacido cristianos, el significado de una fiesta sacrificial se perdió y los intentos que se hicieron para encontrar algún otro significado de las frases que surgían de dicha fiesta necesariamente condujeron al error. Además suple una interpretación adecuada de la Cena misma tal y como se nos ordenó por los escritos apostólicos y le cede su debido lugar en el cuerpo de las instituciones

crístianas. Una simple sugerencia histórica que nos recuerda estos servicios de ese modo debe ser recomendada como fundamental para obtener una correcta concepción de la institución.